

La vida de las palabras

ANTONIO VAQUERO

MIEMBRO DE LA ACADEMIA DE CIENCIAS DE GRANADA

Las palabras simplemente se pierden.
Pero hoy se está considerando de necesidad cultural
que esa pérdida sea registrada

El lenguaje es un ser vivo, como la sociedad que lo crea, con palabras que van apareciendo según se necesitan. De ellas unas permanecen mientras otras van desapareciendo cuando no se necesitan. Los diccionarios intentan registrar este fenómeno con mayor o menor fortuna.

Comencemos intentando analizar la vitalidad del español para, partiendo de ese análisis generalista, aplicarlo a los términos técnicos. Un dato: En cien años han desaparecido del DRAE cerca de 3.000 palabras, tales como ázimo, bajotraer, cuñadez, ínfulas, etc. Algunas han sido sustituidas por otras. Bajotraer se ha sustituido por abatir; estoy bajotraído, estoy abatido. Se ha perdido cuñadez y se ha conservado hermandad, quizá porque la relación entre hermanos es más fuerte que entre cuñados y su raíz tiene verbo, hermanar.

¿Cuánto tiempo coexistirán las distintas palabras que significan lo mismo? Término y palabra seguramente coexistirán siempre. En cambio, jofaina (procede del árabe) y palangana (procede del zapoteca) probablemente desaparezcan pronto por nombrar un utensilio en desuso; así como aguamanil. Desaparecerá el utensilio; pero si desaparece la palabra, quedaremos huérfanos de su belleza y su historia. Tomemos ahora, con el mismo propósito, tres interjecciones: Pardiez, cáspita y coño. Pardiez ya no lo dice nadie cuando se presenta la ocasión en que las señoras de bien dicen cáspita y el resto grita coño. Por tanto, pardiez desaparecerá pronto, muy probablemente.

Esta breve entrada da una primera visión del deslumbrante mundo de las palabras perdidas. ¿Deben desaparecer? ¿Tendremos pronto diccionarios sin palabras como pósito, bieldo, gavilla, papalina, fanega, corsé, corpiño, faltriquera, desnortarse, etc., etc.? Palabras evocadoras de épocas y circunstancias que son el sustrato de nuestra identidad, incomprensible sin historia. Los sociolingüistas observan que cada vez hablamos peor, con un vocabulario escaso y pobre. No las hagamos desaparecer sin motivos bien fundados.

Hay otras palabras que se crean, pero no pasan a los diccionarios. En general son propias de grupos reducidos de hablantes, como el localismo granadino malafollá. Pueden perdurar, pero los diccionarios no las incluirán en aras del escaso número de hablantes. ¿Cuáles entran y cuáles no? Depende de la extensión del ámbito de empleo. Hay distintas palabras con el mismo significado, como autobús y guagua, que perduran por la gran extensión del área geográfica de cada una. Esta diversidad tiene su gracia, pero debemos limitarla atendiendo a la cohesión lingüística.

Hoy se crean muchas palabras nuevas, como rapear, incorporando préstamos y españolizándolos, que son producto de modas efímeras, esperándose que desaparezcan pronto. ¿Dónde van a parar las palabras que mueren? A nosotros nos llevan a un cementerio, nos entierran y nos ponen una lá-

pida. Las palabras simplemente se pierden. Pero hoy se está considerando de necesidad cultural que esa pérdida sea registrada. Debe crearse una Memoria Histórica del Lenguaje, un cementerio del lenguaje, y así se está comenzando a hacer.

Para el español se está pergeñando el futuro Museo de la Palabra en el Instituto Cervantes, a partir de la exposición actual de palabras perdidas acogida en la Caja de las Letras. Para 'todas' las lenguas, se ha destinado la Isla de las Palabras Perdidas, en Groenlandia. Un albergue con un objetivo parecido al de las especies amenazadas de extinción.

Ahora analicemos de la misma manera la vida de los términos técnicos, particularmente informáticos. Los términos informáticos entran precipitadamente en nuestro léxico, como se vio en el artículo 'Terminología técnica en español' (IDEAL, 13/06/2019, p.29). Enfoquémonos ahora en su vida. Hay términos técnicos que entraron y se quedarán para siempre porque son conceptualmente básicos. Así bit, informática y computadora. Se quedarán también términos

como robot (del checo robot), por su funcionalidad permanentemente inalterable. En cambio, hay otros muy dependientes de la moda, que cambia vertiginosamente. Tuitear desaparecerá por el mismo motivo que rapear, así como todas las marcas y sus palabras derivadas, que serán sustituidas, ¿cómo no?, por otras más modernas. Pero muchos de los préstamos, como internet, quedarán para siempre; o para tiempo indefinido, vaya usted a saber, como hacker.

También hay palabras vivas que se enriquecen con un significado nuevo, como programa, en el sentido de programa informático, o instrucción como parte atómica de un programa. Los diccionarios las incluyen como nuevas acepciones. También hay distintas palabras que significan lo mismo, como orden (la acepción informática) e instrucción (la acepción informática) en todo el ámbito del español. Y también hay palabras distintas según las regiones geográficas donde se hablan, pero que significan lo mismo, como computadora fuera de España y ordenador en España, en contra de la cohesión lingüística.

También hay palabras que han vivido, como ciertos localismos, sin pasar a los diccionarios. Así colgar, en la jerga profesional, que significa bloquear; o lincar que significa enlazar. Y también hay otras que forman parte de la historia de la tecnología y podrían desaparecer, como ábaco y aritmómetro. Sería lastimoso. Como vemos, los términos técnicos siguen las pautas generales del léxico, aunque cada vez entran más precipitadamente por la creciente influencia de la tecnología en nuestra sociedad. El tema es apasionado y temerariamente abordable, pero inabarcable.

Imposible predecir el futuro, como siempre. ¿Dónde irán a parar los términos técnicos que vayan olvidándose? ¿Cuáles merecerán el honor de ser albergados en el Museo de la Palabra o en la Isla de las Palabras Perdidas?



:: JOSÉ IBARROLA